

Cincuenta años después "De Normandía a París"

↳ GENERAL ALVARO VALENCIA TOVAR

Situación general.

El día D fijado para la operación Overlord, desembarco en las playas de Normandía, obtuvo el propósito estratégico previsto: las cinco cabeceras de playa, Sword, Juno, Gold, Omaha y Utah, habían sido tomadas por las divisiones de asalto y expandidas sobre perímetros suficientes para garantizar el arribo de refuerzos. Dos divisiones británicas, una canadiense sobre las tres primeras, dos estadounidenses en las dos últimas, habían penetrado las defensas costaneras del Muro del Atlántico, pero el enlace lateral solamente se había logrado entre canadienses y británicos de Juno y Gold.

Desde Sword, los ingleses habían conseguido enlace con los paracaidistas, en tanto los americanos

habían chocado con violenta resistencia en Omaha y desde Utah lograban apenas contacto parcial con la División 82 de paracaidistas en la región de Saint Mere Eglise.

En ningún sitio las fuerzas desembarcadas habían alcanzado los objetivos previstos en la profundidad del dispositivo enemigo (véase croquis No. 1) lo que situaba las playas en una dudosa conquista, dado que ningún contraataque alemán de consideración se había lanzado el 6 de junio, pero podría esperarse en cualquier momento.

La sorpresa estratégica había sido lograda a plenitud y pasarían semanas antes de que el cuartel general de Hitler y el del propio comando en jefe del frente occidental, Mariscal de

Campo Gerd Von Rundstedt, aceptarán que lo de Normandía era el desembarco real y no una mera finta para atraer las reservas blindadas en beneficio del que constituía eje de espera estratégico en el estrechamiento del Paso de Calais.

Intención estratégica aliada.

La explotación en profundidad desde las playas suponía una enorme acumulación de suministros logísticos y el desembarco de cuantiosos materiales pesados, principalmente tanques y artillería con sus respectivos abastecimientos y apoyos. Para ello se requerían instalaciones portuarias, que los muelles prefabricados ingleses no podían suplir en la dimensión requerida.

En consecuencia, la expansión de las cabeceras de playas debería buscar:

1. La consolidación de un frente continuo sobre la línea general Caen - Bayeux - Avranches, que asegurara los desembarcos continuados sobre las playas y la operación de los muelles prefabricados.
2. La captura de al menos un puerto que permitiera el arribo en gran escala de nuevas divisiones blindadas y de infantería con sus

vehículos y trenes de abastecimientos.

3. La ruptura del frente que los alemanes iban conformando delante del área general del desembarco.
4. Disponibilidad de reservas ante la inminencia de la temida contraofensiva germana.

La aplastante superioridad aérea aliada unida a la acción retardatriz de la resistencia francesa, podrían demorar pero no impedir la contraofensiva, una vez el mando alemán llegase a la convicción de que Normandía era el centro de gravitación estratégica del frente y se decidiera a lanzar sobre ella el grueso de sus fuerzas, inmovilizado frente al Paso de Calais.

Hacia Cherburgo.

La playa Utah se seleccionó sobre el cuello de botella de la península de Cotentin, en cuyo extremo septentrional se halla el importante puerto de Cherburgo. Correspondió, en consecuencia, a las fuerzas desembarcadas allí, el estrangulamiento de la península para aislarla y el viraje operativo hacia el norte para sitiar y rendir el puerto, cuyas instalaciones presumiblemente serían destruidas por los germanos, con el consiguiente retardo para utilización en gran escala.

Para junio 13, Utah había recibido cuatro divisiones de infantería y las dos aerotransportadas que habían producido el asalto detrás de las líneas enemigas el día D, así como el cuartel general del VII cuerpo de Ejército para comandarlas. Esto da una idea de lo que fue el flujo de hombres y materiales que siguió al desembarco durante esos primeros siete días de combate. Para el 18, un segundo comando de cuerpo, el VIII, había agrupado bajo su dirección las dos divisiones de paracaidistas y la 90 de infantería para cerrar el cuello de botella de la península de Cotentin, en tanto la 4a. la 9a. y la 90 se agrupaban en el VII a órdenes del General Lawton Collins. (Croquis No. 2).

El 26, o sea el día D + 20, el defensor de Cherburgo, General von Schlieben, fue capturado con 800 hombres en uno de los fortines subterráneos. Era el fin de la empecinada defensa, conducida sin esperanzas y con elevado sacrificio de vidas humanas en razón de la orden terminante del Führer de resistir hasta el fin.

La gran tragedia del mando alemán.

Para junio de 1944 el mando alemán, cuya indiscutible brillantez deslumbró al mundo en los días iniciales de la guerra, cuando la blitz-

krieg (guerra relámpago) deshizo el prestigioso pero envejecido ejército polaco en cuatro semanas y despedazó a los francoingleses en seis, han entrado en crisis dramáticas. Hitler, ególatra, paranoíco, se había apoderado de la dirección suprema de las operaciones en el frente del Comando General de las Fuerzas Armadas, con dos mariscales de cartón, Keitel y Jodl. Mediocre y sumiso el primero, constituía tan sólo un transmisor silencioso de las órdenes y la voluntad de Führer. Inteligente pero sin carácter el segundo —por otra parte inferior en jerarquía a Keitel— jamás expresó a Hitler sus eventuales desacuerdos. En suma, eran la pareja ideal de opacos obsecuentes que los hombres fuertes buscan para que los alaben y se inclinen ante su omnipotencia.

Von Rundstedt, comandante del Frente Occidental y Rommel del Grupo de Ejército "B" que tenía bajo su responsabilidad la cobertura del teatro de operaciones de Francia, configuraban una de las parejas más notables de la historia militar alemana, donde siempre se buscó para el alto mando la combinación de clarividencia estratégica y eficiencia operativa que en otros tiempos personificaron Gneissenu y von Clausewitz o en épocas más recientes Hindenburg y Ludendorf en la Primera Guerra

Mundial. Solamente podrían equipararseles von Manstein y Guderian, ahora en el frente ruso.

Los cuatro vieron con claridad la estrategia aconsejable frente a la abrumadora superioridad del enemigo en ambos frentes. Y chocaron, como contra un muro de roca, contra la obstinación de Hitler, su paranoia desenfrenada, su convicción de la propia infalibilidad. Y los cuatro terminaron destruidos cuando sus conceptos chocaron irremediablemente contra un jefe de semejantes características.

En lo que hace al frente occidental, von Rundstedt y Rommel concurrieron al cuartel general de Hitler en Margival, donde había hecho acondicionar un peñón en 1940, cuando preparaba la Operación León Marino para invadir a Inglaterra.

El 17 de junio en la mañana, un Hitler fatigado y nervioso, muy poco recordaba al Fuhrer triunfante de cuatro años atrás. Escuchó a Rommel, su general favorito, a quien Rundstedt cedió la palabra. La exposición fue lúcida y convincente, pero envolvía un repliegue estratégico hacia el sur con el fin de sacar las fuerzas aliadas del radio de acción de la artillería naval que venía prestando un apoyo de tremenda eficacia, alargar sus flancos,

y lanzar una ofensiva de este a oeste en la dirección general Argentan-Avranches, con las reservas del Grupo de Ejércitos "B".

Para Hitler la palabra repliegue entrañaba resonancias odiosas. Equivalía en su ego desmesurado a derrota y en su soberbia a revés. Seguía esperando la real ofensiva aliada en el Paso de Calais e inmovilizaba allí la masa de sus fuerzas blindadas, mientras su frase convertida en obsesión "no ceder una pulgada de territorio" paralizaba la capacidad ofensiva alemana. De paso, fantaseaba con los efectos letales de sus bombas V1 y V2 sobre Inglaterra y con los aviones de retropropulsión que restablecerían el poder aéreo germano.

El desarrollo adverso de la situación en el oeste enfureció al Fuhrer, que responsabilizó a sus generales por la caída de Cherburgo. Cayó entonces en la práctica desastrosa de relevar comandantes, que ya había aplicado en el frente ruso, reajustando los cargos más por un juicio de lealtades que de capacidades.

Cuando Rommel, con la aquiescencia de von Rundstedt, procedió con su propia concepción operativa, se produjo el reemplazo del Comandante en Jefe del Oeste por el Mariscal von

Kluge, procedente de Rusia donde también había caído en desgracia ante el Führer, quien ahora lo persuadió de que la deteriorada situación en Francia era producto de la ineptitud de los mandos.

Después de un duro encuentro con Rommel, en el que le manifestó que él también tenía que cumplir sus órdenes como cualquier otro comandante, terminó por convencerse que el derrumbe inminente obedecía a la incontrastable superioridad enemiga sumada a los profundos errores del mando de Hitler. Rommel, levemente herido cuando su vehículo sufrió el ataque de un avión enemigo, no tuvo que sufrir la destitución que en el caso de Rundstedt fue aliviado con las hojas de roble para la su Cruz de Hierro. Los dos niveles de mando quedaban ahora bajo la única responsabilidad de von Kluge.

La batalla de Falaise.

Para comienzos de agosto la ruptura del frente se había operado con la captura de Sain Malo por los estadounidenses y de Caen por los británicos. El avance de los primeros con el Séptimo Ejército hacia el Loire y de los segundos, con el Segundo Ejército hacia el Sena, amenazaban con el colapso general del frente

germano. En hora tan crítica, von Kluge recibió la orden de sustraer del frente las seis divisiones acorazadas que contribuían decisivamente a sostenerlo, para lanzar tardíamente la contraofensiva que ya era demasiado inoportuno emprender. Kluge protestó desesperadamente. Se rechazó su exigencia de reconsideración, que ni siquiera alcanzó a Hitler.

Tan sólo cuatro de las seis divisiones previstas pudieron reunirse en la noche del 6 de agosto, en el área general al oriente de Mortain. Otras dos llegarían más tarde, para integrar tres Cuerpos de Ejército acorazados bajo el mando del general de blindados Eberbach. Hitler puso toda su fe en esta ofensiva y von Kluge, a pesar de su escepticismo, se situó en el puesto de mando de Oberbach

El ataque nocturno, lanzado por sorpresa, penetró seis millas en el frente aliado entre Falaise al sur y Argentan al norte, pero al amanecer la aviación aliada en olas sucesivas comenzó a golpear la punta de lanza de la ofensiva. Los 300 aviones de combate que el mando alemán logró reunir como apoyo aerotáctico fueron bien pronto borrados del espacio y las unidades blindadas se vieron forzadas a retornar al punto de partida el día 7. (Croquis No. 3).

La orden de Hitler fue fulminante. Había que reasumir la ofensiva y sobre la base de su éxito anticipado una contraofensiva general debería desatarse contra el frente enemigo hasta liquidarlo. Imposible un mayor desconocimiento de la situación real, próxima al colapso general, con tropas desgastadas y exhaustas perdido el dominio del aire y frente al arribo de nuevas fuerzas aliadas, que ya contaban con el Tercer Ejército de George Patton en el frente, mientras las informaciones alemanas lo ubicaban todavía frente al Paso de Calais.

Von Kluge se apersonó de dirigir la ofensiva, con un valor personal que mueve a pensar buscaba la muerte honrosa en el frente de combate, para evadir el sombrero final inherente al fracaso de la ofensiva. Sobre los hombros de la penetración comenzaron a cerrarse las mandíbulas de acero de los ingleses por el norte y los estadounidenses por el sur. Von Kluge ignoró la orden de Hitler de no replegarse del encierro de Falaise y logró extraer del encierro parte sustancial de sus cuerpos acorazados. Sin embargo, el éxito fugaz había consumido el último aliento ofensivo del Grupo de Ejércitos "B".

Desentendido de la batalla de Falaise, Patton con su Tercer Ejército desbordó por el sur el escenario donde

se libraba, en dirección al Sena. Kluge, relevado del mando en favor del Mariscal Model, que se había destacado en el frente ruso, escribió a Hitler insistiendo en lo que Rommel antes de él había propuesto: abandonar Normandía, Bretaña y el sur de Francia donde ya habían desembarcado los aliados, y reestructurar el frente con apoyo en el Sena. Después, sin manifestar a nadie su decisión, ingirió un poderoso veneno que puso fin a sus días de gloria y de tragedia.

Ruptura del frente.

El éxito operativo en Falaise abría paso a la ofensiva estratégica total. El plan aliado destinado a materializar la maniobra de ala por el sur, apoyada en el río Loira, se basaba en el esfuerzo británico sobre el flanco izquierdo aliado que atrajera sobre sí toda la cantidad de fuerzas alemanas que resultara posible. Con el Tercer Ejército sobre el ala sur, quedaba por realizar la ruptura en el centro. Fue este el plan Cobra preparado por el Grupo de Ejércitos bajo el mando del General Omar Bradley.

La ruptura se concibió como el ataque de un Cuerpo de Ejército, precedida por un bombardeo aéreo de saturación que debilitara el sector escogido para la penetración. Los

ingleses por su parte, en la operación Bluecoat, trasladaban el centro de gravedad de su esfuerzo del ala izquierda, donde se habían fijado importantes fuerzas alemanas, a la derecha, con el fin de apoyar el ala envolvente.

Ambas operaciones se cumplieron exitosamente, en la más grande victoria aliada de toda la guerra en el frente occidental. La continuidad del frente alemán fue hecha añicos, en momentos en que el avance de las fuerzas invasoras en el sur se había acelerado ante la retirada general alemana, que se efectuó para evitar que sus fuerzas en el territorio meridional de Francia fuesen copadas por la ofensiva angloamericana hacia el Sena. Demasiado tarde autorizaba Hitler lo que tan desesperadamente le venían pidiendo sus mariscales. La línea fluvial del Sena, como más tarde la del Marne, debían reducirse a una resistencia dilatoria, desprovistas como se hallaban de fortificaciones y con fuerzas en retirada, que ya no podrán darles consistencia, frente a una poderosa ofensiva sustentada por la abrumadora superioridad aérea aliada.

Antes de desencadenar la operación Cobra el 25 de julio, 1.500 bombarderos pesados, 396 medianos y 350 cazabombarderos para un gran

total de 2.246 aviones, pulverizaron la zona de 5 millas de lado por donde debería atacar la punta de lanza del Cuerpo de Ejército del General Lawton Collins. El ataque se lanzó con tres divisiones de infantería en primera línea, apoyadas por más de 1.000 cañones.

Fue una verdadera tempestad de fuego, que abrió camino de cenizas a la ofensiva destinada a desmoronar el frente alemán.

Las divisiones francesas de los Generales Leclerc y Gerow fueron escogidas como vanguardia para entrar a París. Dos nombres alemanes merecen gratitud universal por haber salvado la capital de Francia de la destrucción ordenada por Hitler, atreviéndose a desobedecer. El General Dietrich von Holtitz, gobernador militar del Gran París dejó la ciudad abierta para la ocupación aliada. Y el Jefe de Estado Mayor del Comando Occidental, Hans Speidel, impidió la transmisión de la orden del Führer de bombardear a París con toda la capacidad de fuego de la artillería disponible, con refuerzo de todas las bombas V-2 y los formidables morteros de 615 milímetros con proyectiles explosivos de 2.2 toneladas que habían permanecido inactivos desde el sitio de Sebastopol.

La orden brutal del Führer disponía: "Los puentes sobre el Sena deben ser destruidos. París no debe caer en manos del enemigo, a no ser en la forma de un montón de ruinas". Desobedecer, en particular desde que el atentado del 20 de julio contra Hitler había desatado en él una locura demoníaca, era exponer la vida personal y las de los familiares, dentro del criterio de responsabilidad compartida que entró a regir desde el frustrado golpe que pretendió salvar a Alemania de la destrucción total. Von Holtitz esperó, sólo, la llegada de los aliados que lo tomaron prisionero en el palacio de gobierno. Speidel salvó la vida milagrosamente en ese tempestuoso crepúsculo del imperio nazi, destinado

por su creador a perdurar durante un milenio.

Siguiendo el paso a la operación Cobra, Bluecoat se desencadenó el 30, con lo cual el ariete inicial se transformó en aplanadora. El ímpetu ofensivo se había adueñado de todos los mandos, cuyos desplazamientos hacia adelante a duras penas podían seguir el ritmo endemoniado de la ofensiva.

El 23 de agosto la urbe de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad estallaba de júbilo a la llegada de las divisiones francesas. El rescate de París era un símbolo del hundimiento del delirio diabólico que había desatado la Segunda Guerra Mundial.



